

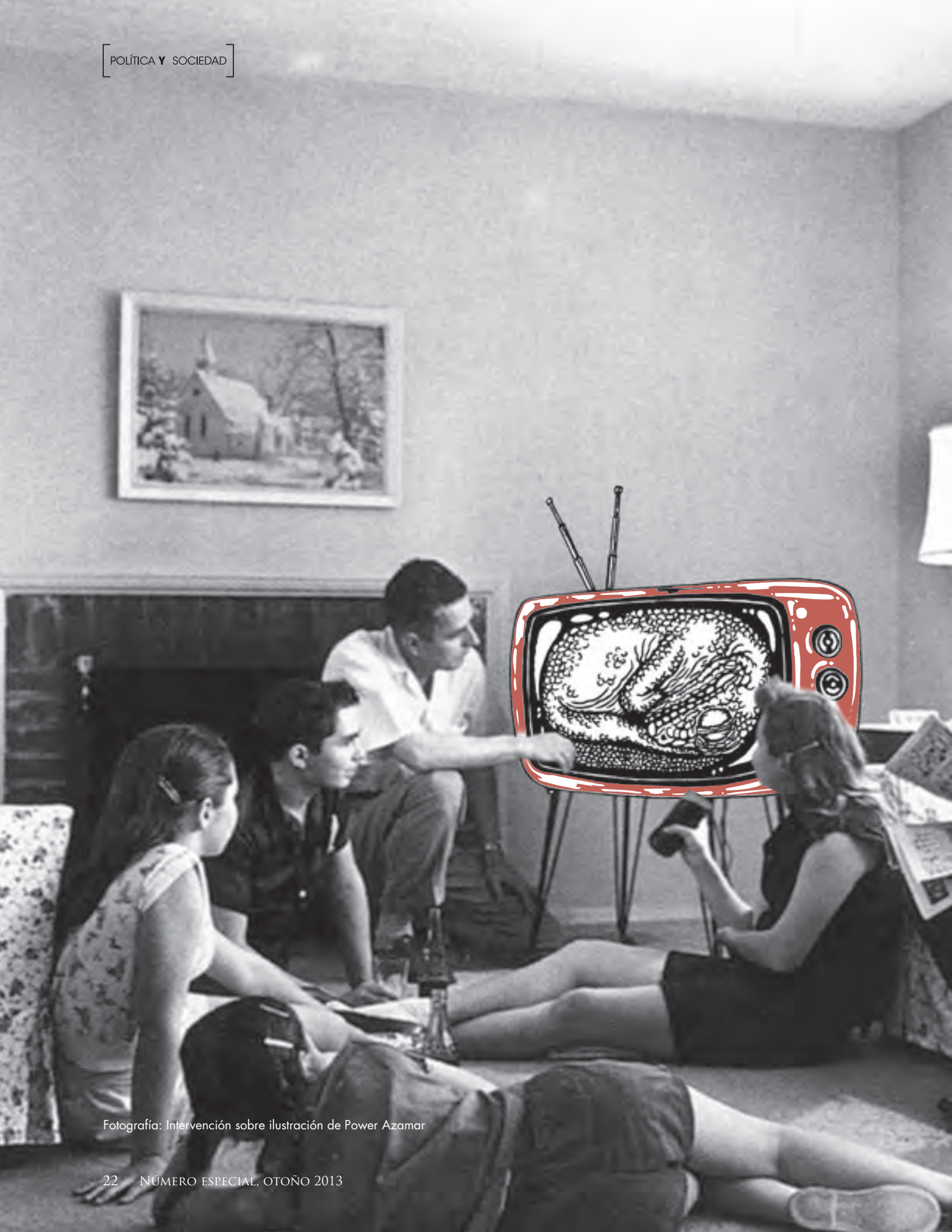
Entender la precariedad

Camarena, Salvador

2013

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3768>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



Fotografía: Intervención sobre ilustración de Power Azamar

El texto que a continuación se reproduce, fue presentado en el marco del Conversatorio "Jóvenes y sociedad: la certeza de lo incierto", celebrado el 11 de marzo de 2013.

Entender La precariedad



Salvador Camarena

Licenciado en Comunicación por el ITESO. Fundador del diario *Siglo 21*. Trabaja en el periódico *Reforma*, coeditor de cultura, editor general de la sección nacional y subdirector de *reforma.com*. Corresponsal de *El Universal* en Nueva York. Director editorial de *El Heraldo de México*. Editor general de la revista *Chilango*. Premio Nacional de Periodismo. Desde diciembre de 2008 es colaborador de *El País*.

Vengo a este recinto en una calidad que me enorgullece: la de comunicador formado en el sistema Ibero-Iteso. Aprenderé esta mañana de Rossana y de Mardonio*, y nosotros de ustedes. Porque como periodista tengo muchas preguntas para mis compañeros del panel y para ustedes. Las formulo en voz alta para tratar de aportar a la discusión que nos ha convocado la Iberoamericana Puebla, que hace bien al mencionar en la invitación a este encuentro que, con ustedes, con los jóvenes, "hemos aprendido a mirar y entender los cambios por los que atraviesa la sociedad".

Y digo lo anterior hoy, cuando estamos a dos meses exactos de cumplirse un año del surgimiento del movimiento #YoSoy132 y cuando toda la prensa destaca una ambiciosa iniciativa de reforma a las telecomunicaciones que, en buena medida, se debe a ustedes, a los jóvenes.

Hace cosa de un año, justo antes de la elección, una persona que está muy metida en el sector de las telecomunicaciones me dijo que nunca los grupos mediáticos y telefónicos habían sido tan poderosos, pero que por lo mismo nunca habían sido tan vulnerables.

Lo que nadie imaginó fue que los jóvenes serían el gran factor de la campaña electoral, y que sus baterías estarían enfocadas a demandar la democratización de las telecomunicaciones, al tiempo que descalificaban con dureza al candidato puntero y a su partido, hoy en el poder presidencial.

No seamos ingenuos. Casi todo lo que los políticos hacen ocurre bajo dos premisas: que se vean forzados a esto y que observen algún beneficio inmediato o futuro en eso que están haciendo.

La reforma de medios que entra hoy al Congreso es un ejemplo claro de lo anterior. Hubo una exigencia ciudadana, y de algunos activistas con nombre propio, incluidos varios políticos, justo es decirlo, y esa demanda se volvió demasiado fuerte para ser eludida. Y la presidencia de Enrique Peña Nieto –junto con el PAN y el PRD– saben que con la iniciativa presentada ayer ganan un gran margen de acción frente a poderes que se les habían subido a las barbas –esa es su ganancia inmediata–, además de que el presidente y sus aliados se presentan como políticos que han entendido que había que cambiar una realidad que dio a algunos empresarios un poder que limitaba la democracia.

* Se refiere a Rossana Reguillo, investigadora del Iteso, y a Mardonio Carballo, poeta y escritor (N de E).

La pregunta es si los jóvenes se dan cuenta de lo que lograron y qué harán con esa noción de capacidad para provocar cambios.



Fotografía: Carlos Adampol / CC BY

La pregunta es si los jóvenes se dan cuenta de lo que lograron y qué harán con esa noción de capacidad para provocar cambios.

Hago un paréntesis. Lo que entendamos por “jóvenes” es un tema nada menor, al que los conocedores de esta materia han dedicado muchos años. Y por si fuera poco es un concepto dinámico, cuyo significado genérico, como concepto único, es más elusivo que nunca. Rossana nos puede actualizar sobre las importantes discusiones académicas al respecto de qué entender por “jóvenes”.

A nivel periodístico, cancha en la que me desempeño, hemos batallado, no estoy seguro que con mucho éxito, por tratar de abordar a “los jóvenes”, sobre todo luego de que se posicionaron como uno de los temas eje de la pasada elección presidencial.

Los políticos y los medios no hemos leído bien a los estudiosos de los jóvenes. En el mejor de los casos intentamos escucharlos en una condescendencia disfrazada de actitud democrática. “Que se expresen, que sean escuchados, que tengan espacios.” Pero me temo que esas “concesiones” están condenadas a bajos rendimientos, no porque “los jóvenes” no puedan aprovechar las “oportunidades” que “les damos”, sino porque no partimos de lo fundamental. De que la cancha no es pareja.

El académico Néstor García Canclini nos recuerda que Rossana Reguillo ha incorporado, de manera definitiva, el término “precariedad” a la descripción de la realidad actual de los jóvenes. Rossana nos ha advertido que están *erosionados los principios de inserción y participación privilegiados por la modernidad, como el trabajo o la escuela, en contextos de fragilidad democrática y exacerbamiento de la violencia*. Eso es México hoy para los jóvenes.

Cuando explota, sin que nadie lo viera venir, el movimiento #YoSoy132, en los medios primero fue curiosidad, luego asombro, siguieron las teorías de la conspiración —que si los creó Camacho, que si son *pejistas*, que si la mamá del muerto—. Finalmente, sin más remedio, los grandes medios se abrieron a la demanda de los jóvenes, al tiempo que los políticos más capaces, por ejemplo el equipo que rodeaba al candidato Peña Nieto, supo aprovechar a su favor la exigencia y la convirtió en un manifiesto que incluso le ayudó a vencer resistencias en su propio partido.

Cuento una anécdota. Fui a una cena donde había dos altos jerarcas del PRI. Uno de ellos, ex gobernador, dijo: “yo soy un vivo ejemplo de que los espacios para los jóvenes existen en el PRI”. ¿Cuál era su prueba? Que había entrado muy temprano al sector juvenil de ese partido. El otro personaje apuntó que no entendían qué querían los jóvenes porque no presentaban demandas específicas. Para ellos era demasiado vago eso de “democratizar los medios”.

Ambos líderes subrayaron que no debía pasarse por alto que el tricolor mostró disciplina al escuchar el documento llamado por *Una presidencia democrática*. En pocas palabras, no entendían nada de nada, y hasta se plantearon resistir la maniobra que de urgencia armó su candidato para contener la descalificación del #YoSoy132. Si por ellos hubiera sido, habría que seguir con el discurso de que los jóvenes estaban infiltrados, cosa que como todo mundo sabe fue lo que provocó la ira que dio pie al movimiento 132.

En el caso de los medios, y cualquier generalización siempre será injusta, pero unos más y otros menos, cometimos el mismo error: preguntar qué quieren en concreto, en la reduccionista esperanza de traducir esa “petición” en una pregunta con la que correríamos a pedir una reacción a los poderosos políticos. Perfectos *corveydile* que no procesamos mucho más de lo que estaba pasando.

En los medios nos desesperaba la eternidad de sus reuniones, las larguísimas listas de temas inscritos en las asambleas, el espacio nada privilegiado que nos daban, y sacábamos conclusiones temerarias de sus encuentros con otros grupos de resistencia. “Ya son APPOS; ya son Macheteros.” Y cuando nos cansábamos de seguirles el paso, los convocábamos a nuestros espacios para que jugaran con nuestras reglas.

Era injusto y estéril. Llegaban famélicos de certeza de que hay futuro y nosotros les decíamos: bienvenidos a la carrera —llena de profesionales entrenados en buenas y malas artes—: díganos, qué quieren y qué pueden aportar. No había posibilidad alguna de entendimiento. Los medios, muchas veces, fuimos idénticos a los priistas que vi en esa cena que ya les narré: nos presentábamos como ejemplo de que hay posibilidad de éxito, sin ver que éramos la negación de la posibilidad de ellos: porque el futuro de antes ya no existe.

¿Y por qué no funcionaron los programas que se abrieron, por ejemplo en Foro TV? Podríamos buscar la falta de eco de esos segmentos en que olvidaron el discurso desde la precariedad de futuro. Hablaban un lenguaje y utilizaban enfoques que están agotados. Quisieron hablar como la gente que habla en la televisión, cuando sobran los que hablan como la gente que habla en la televisión. Perdón por esta pobreza retórica. Se volvieron “analistas”, con capacidad, no crean que no, pero sin tino: porque fue la imposibilidad de un futuro distinto lo que los llevó ahí, no la necesidad de los medios de voces nuevas que dijeran lo mismo que las voces “viejas”.

O quizá fue que los jóvenes quieren cambiar nuestro modelo de telecomunicaciones y no necesariamente incorporarse al que existe, que es tan siglo xx. *En Cultura y desarrollo. Una visión crítica desde los jóvenes*, Néstor García Canclini aborda de manera muy interesante qué

está pasando con las expresiones editoriales, plásticas y musicales de los jóvenes. Parece una obviedad, pero quién quiere entrar al Canal 2 o al Canal 13 cuando tiene *youtube*.

Casi un año después, los medios seguimos sin entender cómo abordar los casos protagonizados por los jóvenes. Hay conductas que son reprobables: causar destrozos directos y deliberados, por ejemplo, el día 1 de diciembre. O tomar con violencia oficinas del CCH de la UNAM.

Pero la respuesta no puede ser la irreflexión, o el legalismo a ultranza. Hay que ir con más tiento. Las imágenes de la violencia contra locales privados y espacios públicos no fueron hechas por “los jóvenes” así, en general. Como tampoco fueron “los jóvenes”, así en general, los que violentaron el CCH.

Ya vimos que la policía del Distrito Federal, y de Jalisco, tiene una propensión a “agárrenlos en caliente y luego veriguamos”.

Creo que hay que hacer un reconocimiento a las voces que pidieron ir más despacio, a las que demandaron revisar caso por caso, a las que buscaron que no se generalizara. Y a autoridades que fueron pacientes, como el rector de la UNAM, José Narro, que agotaron todo antes de recurrir al legalismo.

Reitero: el único lujo que no podemos darnos es el de no tratar de entender. El de una vez más parecer priistas que creen que las escaleras al futuro, que alguna vez mal que bien existieron en la educación y el trabajo, hoy no existen más.

Porque es de risa triste que digamos que tal o cual joven que está demandando negociar no ha terminado la universidad o debe materias, o lleva muchos años en la carrera. ¿Acaso tiene alguien la calidad moral para sostener de frente a uno de esos jóvenes una frase que diga: corre, anda, termina en tiempo récord tu instrucción universitaria, que está esperándote, en términos generales, un empleo de tres o cuatro salarios mínimos, o uno no remunerado, o el subempleo o el desempleo?

Concluyo. Es una buena noticia la reforma que en parte han provocado ustedes, los jóvenes. Buena porque hace ver que los políticos sí les temen, sí saben que no pueden permitirse una insurrección juvenil. Y buena porque dará más herramientas a un futuro que sólo ustedes saben cómo ha de ser construido. Algunos de nosotros podremos reseñar la manera en que construyen ese futuro, mientras otros, quizá, nos quedaremos esperando que nos digan qué quieren, sin saber que estaremos para siempre rebasados en nuestras preguntas tan priistas, tan siglo XX.

Algunos de nosotros podremos
A quedaremos esperando
en nuestras preguntas tan priistas



reseñar la manera en que construyen ese futuro, **mientras otros**, quizá, nos que nos digan qué quieren, sin saber que estaremos para siempre rebasados tan siglo xx.



Fotografía: Ismael Villafranco / CC BY